

el agua, ellos les han añadido su sangre y probado al mundo que no es tan poca cosa un fluido derramado. La palabra es aire puesto en movimiento; pero cuando el alma entra en ella, llega á ser elocuencia, justicia, verdad. ¿Qué será, pues, cuando entra Dios en ella? El agua es hidrógeno mezclado con oxígeno; pero cuando entra en ella el genio del hombre, se convierte en vapor, celeridad, comercio, potestad, civilización. ¿Qué será, pues, cuando entra en ella Dios? Gloria á Dios que ha permanecido tan grande en tan débiles medios.

Señores, tendría aún que decirlos cómo la gracia profética y sacramental, cómo la verdad y la caridad sobrenaturales fueron dadas al padre de toda nuestra raza; pero el orden de nuestras conferencias me detiene aquí por un año. En el año próximo volveremos á abrirlas por esta cuestión; é inmediatamente después, conociendo todo el plan del hombre sobre Dios, habiendo escrutado los dones que se le hicieron por medio de la naturaleza y los dones más altos y más directos que recibió de la gracia, nos detendremos ante esa magnífica obra maestra de la divina bondad, no ya para estudiarla en sus dones, sino en sus actos. Verémosla en lucha con la libertad, depositaria en ella de su propia suerte y de la suerte de toda su descendencia, dueña de perderlo todo, de bendecirlo todo, conduciendo en fin en su corazón el drama piadoso y sangriento de nuestros comunes destinos. Os cito aquí, bajo las sombras vírgenes del Eden primitivo. Aquí, en la ignorancia del mal y en la gloria enteramente joven de Dios, volveremos á encontrar á nuestro primer padre; y nosotros hijos suyos que juzgamos sobradamente á nuestras desgracias cuál será el paradero de tanta inocencia en tanta felicidad, vamos cada uno á nuestras obras, y ójalá podamos traer aquí en un año menos remordimientos que recuerdos, menos faltas que virtudes, una alma capaz de oír la caída del hombre y digna de repararla,

SERMON SEXAGÉSIMO.

Del concurso de la naturaleza y de la gracia en el hombre primitivo.

El hombre no tiene más que un fin, que es Dios. Pero, ya lo habeis visto, se inclina á este fin por dos grados desiguales, el uno indirecto é inferior, que es la naturaleza; el otro directo y superior, que es la gracia. Estos dos grados por donde vamos á nuestro fin único se componen de los mismos elementos, la verdad y el amor: la verdad por la que conoce á Dios nuestra inteligencia; el amor por el cual se adhiere á él nuestra voluntad. Pero en el orden natural no conocemos y no amamos á Dios sino al través del velo de las cosas creadas, mientras que en el orden sobrenatural le conocemos tal cual él se conoce, le amamos tal cual él se ama, no ya perfectamente de pronto, sino de un modo que nos prepara á la plena visión y á la plena posesión. Ya os he dicho porqué y cómo; he estudiado con vosotros la existencia, la necesidad y la organización del orden sobrenatural, y no obstante réstame que tratar dos cuestiones para que no quede incompleta esta exposición. Estas dos cuestiones son las siguientes: ¿Cuál es la esencia de la gracia? ¿Cuál es la relación de la gracia con la naturaleza?

MONSEÑOR:

No acostumbro á dirigir homenajes al arzobispo de París cada vez que subo á esta cátedra para continuar las conferencias que la religión viene á tener en ella con la juventud francesa; pero después de los actos memorables que han señalado vuestro episcopado durante el año que termina, juzgaría mi silencio falta de memoria, y esta falta de memoria una ingratitud. Vos habeis sido el primero, Monseñor, que primeramente con vuestros escritos, y después con vuestra autoridad metropolitana, ha restablecido esas asambleas venerables que son el vínculo de las iglesias, y de que los poderes anteriores se habian mostrado tan perseverantemente celosos, que ellas habian llegado á ser como una fábula para largas generaciones. Vos habeis

llamado al mismo tiempo á París, al corazon de la civilizacion europea, esas órdenes religiosas que habia desterrado de él medio siglo de persecucion legal; vos les habeis abierto paredes consagradas por la sangre de los mártires; les habeis confiado una iglesia, un santuario, y la Francia ha visto celebrarse públicamente en su capital los misterios de Dios por hombres revestidos con las insignias de la vida cenobítica. Nadie, Monseñor, esperaba estas cosas: vos las habeis efectuado por la fuerza de una doble fe, la fe en Dios, protector de su Iglesia, la fe en la patria abandonada mas aún á sus propias inspiraciones. Vos habeis creído en Dios, vos habeis creído en la patria: Dios os ha respondido y la patria os ha recompensado. Hace largo tiempo, Monseñor, que la Providencia y la Francia marchan en el mundo de acuerdo. Atendiéndose á la superficie de las cosas se puede dudar que así sea; pero cuando se penetra mas adelante, se halla la mano de Dios en la mano de este pueblo. Gracias al sentimiento que habeis tenido de esta antigua alianza, habeis añadido á vuestra vida dos bellas acciones, á la iglesia de Francia dos preciosas libertades, á la Francia misma dos manantiales de un porvenir mejor y mas pacífico.

Dios, señores, es el único ser sobrenatural, porque es el único ser que no sea creado, el único superior á toda naturaleza creada y á toda naturaleza creable. Por perfecto que sea un ser que no existe por sí mismo, tiene ó puede tener iguales. Dios solo es sin igual, porque existe por sí. De esta elevacion que él llena y á la que nadie puede aspirar, dispensa una vida que no es la suya, que suscita por un acto de voluntad, que conserva lo mismo, y que extraña á él, aunque proveniente de él, forma en cada ser un fondo primitivo que es su naturaleza y su derecho. Este derecho es ya una gracia, pero una gracia que consiste precisamente en dar al ser creado la propiedad de sí mismo. Dios lo puede, pues él puede crear; lo que no puede es hacer de su vida divina la vida natural de otro que él, el derecho de otro que él, la propiedad de otro que él. Si le place comunicarla, esta comunicacion, por íntima que sea, es siempre una gracia superior á la naturaleza honrada con ella. Lo finito permanece siempre finito, lo creado siempre creado, y Dios siempre el único Dios; pero Dios vive sin la criatura y la criatura vive en Dios.

No es solamente una efusion de la verdad y de la caridad divina lo que constituye lo que el cristianismo llama eminentemente la gracia; es mas aún, porque Dios se dá en ella todo entero. Oid á Jesucristo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi padre*

le amará, y vendremos á él y haremos morada en él (1). Estad en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en mí (2).

Y dirigiéndose á su Padre en favor de sus discípulos, decia: *Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste (3).* La Escritura abunda en expresiones semejantes sobre la union reciproca de Dios y del hombre. *La caridad de Dios, dice San Pablo, está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (4). Y si el espíritu de aquel que resucitó á Jesús de entre los muertos mora entre vosotros, el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos vivirá tambien en vuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros (5). Por cuanto somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de la sustancia de él (6).* Y San Pedro, excediendo, si es posible, la energía y la claridad de estas declaraciones acumuladas, recomienda á los fieles los dones y las promesas por donde han sido llamados á la participacion de la naturaleza divina (7).

Así, no es permitido dudar sobre el sentido en que debe entenderse la union del hombre con Dios en el orden sobrenatural. Esta union es una especie de deificacion, que sin confundir lo finito con lo infinito, lo creado con lo increado, les pone en una relacion tan estrecha, que no solamente piensa el hombre como Dios y ama como Dios, sino que Dios está en el hombre por una penetracion real de su sustancia, á la manera como está el fuego en el hierro al que transfigura por su luz y su calor sin desnaturalizarle, ni desnaturalizarse él mismo. Esto no es mas que una imágen, señores; pero una imágen que basta para entender el misterio de la gracia, y aun para justificarlo.

La ciencia humana ha sentado este axioma: los cuerpos son impenetrables, es decir, que no pueden estar dos cuerpos el uno en el otro. La ciencia divina ha sentado al contrario este axioma: los seres inferiores son penetrables por los seres superiores. Y la misma,

(1) San Juan, cap. 14, vers. 23. — (2) Idem, cap. 15, vers. 4. — (3) Idem, cap. 17, vers. 20 y 21 — (4) Epistola á los Romanos, cap. 5, vers. 5. — (5) Epistola á los Romanos, cap. 8, vers. 11. — (6) Epistola á los Hebreos, cap. 3, vers. 14. — (7) Epistola segunda, cap. 1, vers. 4.

naturaleza nos da la prueba de ello en sus fenómenos mas vulgares. Todo el mundo sabe que están en ella los cuerpos en dos estados, el uno inferior, que es la solidez, el otro superior, que es la fluidez, y nadie ignora que la materia flúida penetra la materia sólida, y es como su alma y su vida. Exponed el metal mas duro á la accion de una cantidad suficiente de calor, y bien pronto será tocado por él hasta en sus últimos repliegues. Ablandaráse como la cera; se dilatarán sus partes sin desunirse; y esta sustancia que parecia fria, impasible, incapaz de abrirse á otra, caerá, por su alianza íntima con una sustancia mas enérgica, en el misterio sensible de la liquefaccion. No dejará de ser ella misma; pero estará en ella y con ella otra, conservando ambas sus propiedades relativas en esa fusion que las une sin alterarlas. Lo que hace el calor lo hace la luz, lo hace la electricidad, lo hace el magnetismo; y la vida general de la naturaleza no es mas que el resultado de la penetracion incesante de los cuerpos inferiores por los cuerpos superiores. Si súbitamente suspendiese el sol la emision de sus calientes rayos; si el aire no transmitiese á los animales, á los metales, á las plantas las invisibles influencias que corren sin cansarse jamás de un polo al otro de la creacion, al momento suspenderia la respiracion universal su movimiento, y el universo helado no seria mas que un cadáver bajo el ojo conmovido de su autor.

¿Queréis que nos acerquemos mas á vosotros mismos? ¿Qué es nuestra vida? ¿Es otra cosa que el fenómeno de la penetracion de nuestro cuerpo por nuestra alma? Aquí, señores, se agranda el misterio, pero sin permanecer menos evidente. Se agranda á causa de la diferencia de naturaleza entre el alma y el cuerpo, permanece evidente porque somos mas que sus testigos, puesto que somos nosotros mismos sus actores. Nos sentimos constituidos lo que somos por la relacion de dos sustancias distintas, una de las cuales manifiestamente superior á la otra penetra á la que le es inferior, y lleva allí el movimiento, la sensibilidad, la conciencia, el conocimiento y la voluntad. Tocad al cuerpo por uno de sus cabellos y al momento lo sabe el alma, y por cualquier otra parte que queráis renovar la experiencia, os dará la misma solidaridad igual respuesta. El alma está, pues, íntimamente presente al cuerpo, hasta en sus mas remotas extremidades. ¿Y cómo habia de estar presente si estuviese separada de él, si no se deslizase por medio de una activa penetracion al corazon de cada átomo, de cada partícula, aun imperceptible, de nuestro ser corporal? El fenómeno tan complicado

de la vida humana, así como el de la vida puramente sensible, es pues el efecto de una sola causa, que es la ley universal de penetrabilidad de las sustancias inferiores por las sustancias superiores.

Y siendo Dios el ser soberano por excelencia, el que da y reparte á todos la eficacia, ¿deberemos admirarnos si penetra mejor y mas profundamente que ninguna de sus criaturas, y si se verifica á la letra, no solo para el alma sino para el cuerpo, el dicho de San Pablo: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro*; — *Glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo* (1)? De donde proviene que interrogados los primeros fieles quiénes eran, respondian con un santo orgullo, queriendo revelar á sus jueces en una sola palabra las últimas profundidades de la fe: « Yo soy Theophoro, es decir, Porta-Dios. » Tal es la certidumbre de todo cristiano que ha observado en sí las secretas operaciones de la presencia ó de la gracia divina. Así como siente una madre en lo vivo de sus entrañas al niño á quien ha concebido, así siente el cristiano la vida divina que habita en él, y recibe de ella sacudimientos que no le engañan sobre el huésped inefable cuyo depósito guarda. Cuanto mas se engrandece el alma en santidad, mas se siente advertida de esta gloriosa cohabitacion por alegrías que la afectan y la hacen insensible á todo lo que no contiene á Dios. ¡Oh gozos de los santos, lágrimas desconocidas, delicias sin límites! quien ha entrevisto una sola vez vuestra sombra en su propio corazon, no necesita que se le demuestre la existencia de la gracia, ni lo que ella es; porque lo sabe por una leccion que no se olvida jamás, y despues de la cual ninguna otra enseña ya nada.

La gracia, señores, es de dos clases, ó mas bien opera sobre nosotros de dos modos, el uno transitorio y excitativo, el otro permanente y vivificante.

Dios al principio nos toca, nos despierta, llama á la puerta de nuestra alma, segun la bella expresion de que se sirve en San Juan: *Ecce sto ad ostium et pulso* (1). Cuando se presenta un hombre ante el umbral de vuestra casa, aunque sea un príncipe ó un rey, sois libre en no recibirle. Estáis en vuestra casa; vuestra casa es un santuario inviolable, porque vuestra alma reside allí en su cuerpo, y vuestra personalidad estaria en servidumbre si no tuviera un asilo donde poder sustraerse á todas las miradas y permanecer pacífica y

(1) Epístola á los Corintios, cap. 6, vers. 20. — (2) Apocalipsis, cap. 3, vers. 20.

soberanamente en sí. No obstante, por sagrado que sea el lugar de un hombre en un país en que se respeta al hombre, es permitido á la ley aparecer en él, si va á él armada de un delito ó de un crimen por donde hemos desconocido ó deshonrado nosotros mismos nuestros derechos. Pero lo que puede hacer la ley humana, se lo prohíbe Dios á sí respecto á nosotros. Él permanece en la puerta; llama hasta que consintamos en abrirle nuestra alma; nos permite que nos le neguemos, que le despedamos, que le digamos: ¡vete, me importunas! Y todos los días ¡ah! Dios nos es importuno, no solamente á los que no le conocen, sino á los que le conocen, que le aman, que le sirven, á nosotros sacerdotes y religiosos, depositarios de sus oráculos y de su sangre. Demasiado entregados á las cosas que pasan, y seguros del regreso de Dios, le decimos sin remordimiento: ¡espera, no es hora, estoy ocupado de mí, estoy arreglando el efecto de una frase, tal vez la suerte del mundo, ya volverás! Dios inclina la cabeza, respeta la libertad que nos ha dado, se va, ó mas bien permanece esperando que estemos menos prendados de nosotros, y que una trabacuenta ó una laxitud nos haga conocer la necesidad de su auxilio.

Porque tal es el objeto de la gracia, mientras es transitoria y excitativa, el de ayudarnos por un socorro divino á conseguir por nuestros actos el fin sobrenatural de nuestra creacion, que es conocer y poseer á Dios directamente. Así como el sol no cesa de derramar la luz y el calor al universo, aunque esté ya el universo penetrado de él hasta en sus mas frias zonas, así no cesa Dios de derramar en las almas, aun en aquellas donde ya habita, la ola invisible de su propia luz y de su propio calor, para sostenerlas en las obras de la vida, que el orden de las cosas divinas reclama incesantemente de su libre actividad. Con mucha mas razon es necesario este socorro de arriba á las almas en quienes no habita aún Dios, y que, privadas de fe y de amor, languidecen en un alejamiento de donde no volverian jamás si no las buscase Dios el primero. Pero ya prevenga ó ya concurra, la gracia excitativa no es mas que el medio de Dios para atraernos á sí ó para confirmarnos en esta estrecha union, que es la gracia permanente y vivificativa.

El mundo, señores, no cree ya en esta union; no cree ya en la presencia real de Dios en el hombre: pero tambien ¿qué vemos y qué ha llegado á ser el hombre para el hombre? ¿Dónde está la autoridad, el respeto, la veneracion? Los antiguos, por mal ilustrados que estuviesen por los restos de una tradicion corrompida, ha-

bian conservado la idea de la habitacion de Dios en las cosas, y hasta la idolatría no era mas que una vasta y falsa aplicacion de esta verdad. Creían que una imágen colocada en un templo é invocada por un sacerdote llamaba á ella una emanacion de la naturaleza divina; esto era demasiado, pero al menos era un principio de grandeza que habia permanecido en las ruinas morales del género humano. Se sabía que el hombre era pequeño, y que necesitaba para no decaer demasiado reconocer en sí algo de la raza de los dioses, y se consagraba todo para no despreciarlo todo. Encontrábanse los dioses en el origen y en la sangre de las naciones, en las fronteras de su territorio, en los muros de sus ciudades, en las prescripciones de sus leyes; y si era necesario proclamar un príncipe ó un cónsul, aunque el pueblo tuviera derecho de nombrarle en el escrutinio de los comicios, ó de recibirle de manos de la herencia, se añadía no obstante alguna ceremonia al hombre coronado por el sufragio ó por la tradicion. No se pensaba que un acto de eleccion ó de nacimiento que cayera sobre el cuerpo de un hombre, bastase para transfigurarle á los ojos de sus semejantes, y para inclinar ante él la majestad de los ejércitos, de las magistraturas y de las voluntades. Habia en el altar mayor de Rheims de aquel tiempo santas ampollas de donde descendía un aceite misterioso sobre la frente de los pueblos y sobre la de los reyes, y cuando Dios habia resuelto elevar á la potestad á alguno de estos seres frágiles que deben gobernar el mundo hasta su muerte, hé aquí lo que acontecia. Un pastor, dejando allá su rebaño, subía á alguna villa habitada por un profeta, y encontrando á un anciano, le decia: « ¿Sabeis dónde está el que ve? Yo soy el que ve, respondía el anciano; decid al servidor que se aleje, porque tengo que deciros, alguna cosa de parte de Dios. » Y sacando una ampolla llena de aceite, pero que con el aceite contenía la fe del mundo y la Providencia del cielo, la derramaba sobre la cabeza del niño con estas fuertes palabras: « El Señor te ha consagrado rey de Israel; ve pues y haz todo lo que te venga á la mano, porque en adelante la mano de Dios está con la tuya. »

Ahora ya no tenemos santas ampollas; tenemos la habilidad, la ciencia, el genio, la virtud, la gloria, los escrutinios magníficos y populares. Pero llega la hora en que desdeñando la multitud su propio sufragio, dice á la habilidad: no eres mas que un embaucador; á la ciencia: no eres mas que un pedante; al genio: no eres mas que un loco; á la virtud: no eres mas que una mentira; á la gloria...

¡ah! ¡la gloria! El desterrado de Santa Hellena decia á uno de sus últimos confidentes : « Éramos como la cúpula de los inválidos que resplandece como el oro al sol del estío; pero ha caido sobre nosotros la lluvia de la desgracia, ella arranca todos los dias alguna partícula del oro, y no somos ya mas que plomo y en breve un poco de tierra! » ¡Hé aquí la gloria! Esta gloria era grande, y no obstante ¿qué ha dejado mas que un sepulcro? Así perece todo en nuestros tiempos, porque todo es en ellos humano. Solo la gracia descende de la eternidad y vuelve á ella, y conduciendo á la misma las cosas y los hombres que lo quieren, les da aun al pasar, por una añadidura que nada le cuesta, la estabilidad del tiempo.

¿Pero por qué? ¿De dónde proviene que la naturaleza, creada por Dios, no posea en sí misma con que asegurarse en su propia esfera una carrera bastante larga? ¿Por qué el hombre, esa obra maestra de la creacion, necesita un elemento superior y divino para ser aun en el mundo algo completo? Esta cuestion, señores, nos conduce á examinar cuáles eran en Adán y cuales son aun en nosotros las relaciones de la naturaleza y de la gracia.

Ved aquí, pues, la ley expresada en esta corta fórmula : la gracia no puede prescindir de la naturaleza aun en las operaciones de la gracia, y la naturaleza no puede prescindir de la gracia aun en las operaciones de la naturaleza.

Primeramente, la gracia no puede prescindir de la naturaleza aun en las operaciones de la gracia; porque siendo la gracia una comunión del ser creado con el ser increado, es necesario que el ser creado posea la existencia para que se verifique esta comunión, y el ser creado no puede poseer la existencia sin una naturaleza cualquiera que llegue á ser la morada de los dones exteriores de Dios. Además, siendo libre el hombre, la gracia ó la acción divina no tiene asidero sobre él sino en cuanto concurre á ella por un acto natural de su propia soberanía. Si Dios se apodera de hombre sin que lo quisiera el hombre y participase de ello libremente, el orden sobrenatural seria la ruína del orden moral, y solo nos elevaríamos perdiéndonos á nosotros mismos. Por esto la gracia que no obra sino sobre la naturaleza, no obra tambien sino de concierto con ella; libres ambas, soberanas ambas, produciendo juntas un resultado que les es comun, la exaltacion del hombre á la vida de Dios. Sin la gracia, la naturaleza permaneceria eternamente siendo lo que es : sin la naturaleza, la gracia no tendria ni aun materia de acción.

Si buscamos la parte que ha puesto cada una de ellas en el buen

éxito de la obra que deben realizar simultáneamente, encontraremos aún las necesidades que tiene la gracia de la naturaleza bajo otra relacion muy importante. Sin duda Dios es el dueño del corazón humano; él ha preparado todos sus recursos, él conoce todos sus pliegues, y posee, en una bondad tan grande como su poder y su sabiduría, atractivos los mas capaces de conmover el bronce mas endurecido. No obstante, por causa del respelo que guarda á nuestro libre albedrío y á las leyes generales de justicia y de armonía de que es la fuente, no usa de todo lo que puede en todo lo que hace. Si la gracia no apreciase en nada los méritos y los deméritos adquiridos, el estado voluntario donde se han colocado las almas, los desiguales obstáculos que oponen á la influencia divina, obraria con una misericordia ciega que destruiria en el mundo el encadenamiento de las causas y de los efectos, y substituiria al reinado de una Providencia justa el reinado de una preponderancia en que la virtud del hombre no seria ya nada ante la perfeccion de Dios. Por eso no sucede así. Las disposiciones de la naturaleza contribuyen en algo al triunfo de la gracia : la gracia es la semilla divina, pero la naturaleza es su campo, segun la bella comparacion del Evangelio : *Semen est Verbum Dei... ager autem est mundus* (1). Y la desigual preparacion del campo contribuye mucho al desigual porvenir de la cosecha. Y esto es tan exacto, que Jesucristo no se ha desdeñado de explicarnos bajo esta forma el secreto de la eficacia mas ó menos profunda de la gracia sobre los corazones. *Una parte de la semilla, nos dice, cae en el camino donde es pisada y comida por las aves del cielo* (2). El camino es la naturaleza ligera. ¡Cuántas veces, señores, desde que yo os evangelizo, no habeis salido de Nuestra Señora, diciéndoos á vosotros mismos : y no obstante, esto es la verdad! Pero apenas habeis vuelto á descender al aire libre del mundo, las aves del cielo han agitado su vuelo sobre vosotros; el buitro de la ambicion, la paloma de los afectos terrestres os han tocado con el ala, y no habeis ya pensado en la grave figura que acababa de aparecéseos entre el Calvario y el Sináí.

Otra parte de la semilla, continúa la parábola, cae en la piedra y se seca despues de haber germinado. Esta piedra es la naturaleza insensible, no mala y cruel, puesto que aun germina en ella la gracia, sino la naturaleza matemática, si es lícito hablar así, que no siente mas que el número, el peso, la medida, y que, no habiendo

(1) San Lucas, cap. 8, vers. 11, — (2) S. Mateo, cap. 13, vers. 38.

encontrado jamás la dulce imagen de Cristo en el término inflexible de una ecuacion, no puede pensar que existe y que bendice al mundo. Es el peñasco sobre las olas, tal como nos pinta la Escritura el peñasco que fué Tiro, desnudo, solitario, emblanquecido por el tránsito de las desolaciones, pero que aún atrae con este brillo al águila majestuosa del Líbano. Las naves lo ven de lejos, y sin suspender su curso que lleva la riqueza á las naciones vivientes, se dicen entre sí: Tiro no existe, pero hé aquí al águila tiria fiel á la cita que le han impuesto los profetas.

El Evangelio nos revela aún otra tercer tierra poco favorable á la fecundidad de la gracia, diciéndonos que *otra parte de la semilla cae entre las espinas donde es ahogada creciendo con ellas* (1). Esta es la naturaleza confusa donde germina con igual vida la verdad y el error. Los espíritus de este temple se enorgullecen de verlo todo y de no ceder en nada. Si se les habla de Dios, admiran esta grande idea que se cierne eternamente sobre todos los mundos, y que, visible al ojo de los simples lo mismo que al ojo de los sabios, parece la estrella polar de los espíritus; pero encuentran en ella dificultades que enfrían ó atajan su vudo, y sin negar ese ser soberano, le reducen en su corazón á una inmensa esterilidad. Así sucede con Jesucristo; así con el Evangelio y la Iglesia. Aparéceseles la luz, pero se les aparece la sombra al mismo tiempo; y siendo las dos reales y efectivas, no tienen los espíritus ninguna fuerza preponderante que les fije en la verdad. Van, pues, del oriente al occidente de las cosas, conservando, dicen ellos, la neutralidad de su inteligencia; pero en el fondo víctimas de una impotencia voluntaria, y ahogados en su interior por el ingrato desenvolvimiento del sí y del no.

En fin, señores, el Evangelio nos dice que hay una buena tierra en que fructifica el céntuplo la gracia de Dios; pero no la define. Esta será sin duda la naturaleza, que no es ligera, ni fría, ni confusa, sino que uniendo la sencillez al calor y á la consistencia, recibe el rocío del cielo en un vaso donde se complace, porque encuentra en él una imagen comenzada del lugar de donde viene.

Estas pocas palabras bastan para explicarnos como no puede prescindir la gracia de la naturaleza, aun en las operaciones de la gracia; y recíprocamente como no puede prescindir la naturaleza enteramente de la gracia, aun en las operaciones de la naturaleza. No quiero decir, señores, que sea incapaz el hombre de producir ningun

(1) San Lucas, cap. 8, vers. 5 y siguientes.

bien en el orden puramente natural y moral sin un socorro divino, que le eleve sobre sí mismo. Esta doctrina ha sido condenada por la Iglesia aun respecto del hombre decaído, y con mayor razon respecto del hombre primitivo, colocado en el estado de perfeccion en que yo os lo he pintado otras veces. Pero no es menos cierto, y la experiencia nos lo prueba desde hace sesenta siglos, que el hombre que se separa voluntariamente del orden sobrenatural cae bajo sí mismo y se halla tan falto de luces contra el error, como de fuerza contra las pasiones. Quédale la inteligencia, pero oscurecida; consérvese la voluntad, pero con un resorte debilitado. Fácil es, señores, comprenderlo. Nosotros no contenemos dos seres en nosotros, el uno natural el otro sobrenatural, el uno limitado á las cosas del espacio y del tiempo, el otro elevado por la fe y la esperanza á las cosas de la eternidad; sino que somos uno. Así como la diferencia sustancial del alma y del cuerpo no destruye la unidad de nuestro ser, sino que la compone, así la diferencia gerárquica de la naturaleza y de la gracia no divide nuestra personalidad, sino que derrama en ella abundantemente la luz de dos mundos y la energía de dos atractivos. Una sola persona que es nosotros, un solo fin que es Dios, dos vias coordinadas que nos conducen á este fin único, hé aquí al hombre. Si por una prevaricacion insensata contra sí mismo cercena algo de estos dones, al momento experimentará sensacion en el nudo que los une, y su ser mutilado no realizará sino imperfectamente el misterio total de sus funciones y de sus destinos. Quanto mas alto lleve el golpe, mas sensible será la caída; y como la gracia ocupa la cima de nuestras facultades, su sustraccion ó su debilitacion arrastra necesariamente en pos de sí una lamentable disminucion de nuestro mismo ser natural.

Así es que si queremos llegar á la verdad sin el auxilio de la fe, bajo pretexto que nuestra inteligencia se halla iluminada naturalmente por Dios, al momento se forman ante nosotros nubes que traerán los siglos sucesivamente á las inteligencias mas grandes, sin obtener de ellos un soplo que las disipe para siempre. ¿Es acaso que no es nada la razon humana? ¿Es, pues, que la filosofía es una ciencia vana? Esto sería ultrajar á Dios, que nos ha dado la razon, y que nos ha permitido con ella buscar las causas primeras de todo lo que ha creado. Los mismos cristianos se han aplicado á la cultura de la razon, y aunque hijos de una sabiduría mas alta, no han desdeñado el título de filósofos, que nadie les ha disputado en el cielo ni en la tierra. Pero ni la razon ni la filosofía, que es el término magnífico y